

Domingo I Adviento. Año B

Lectio divina sobre Mc 13,33-37

El tiempo de Adviento abre el Año Cristiano: con no poco acierto la Iglesia pretende centrarnos en la contemplación, pausada pero sin interrupciones, del misterio de nuestra salvación. Haciendo memoria de ella, nuestra fe se reafirmará con más fuerza; cuanto más contemplemos el amor que Dios nos ha probado, mejor se sostendrá nuestra esperanza, si más nostalgia sentimos de ese amor que tantas veces ignoramos o perdemos por nuestra culpa; y lograremos sabernos mejor amados de Dios, en la medida en que le permitamos que nos ame más, día a día.

Alguien que aún está por venir - bien lo sabemos -, no se ha alejado para siempre; nuestro Dios es, nos dice Jesús en el evangelio hoy, un Dios que está de camino, como aquel señor de la casa que podía regresar de un momento a otro. Las palabras de Jesús fueron una invitación a vivir esperanzados, a vivir a la espera de Dios, a poner en Dios nuestro mejor, si es que no el único, porvenir: es verdad, nuestro Dios, como el señor de la parábola, parece haberse alejado de nosotros, de nuestras casas, de nuestro mundo; está de viaje, como el dueño de la casa; pero como él, nos advierte Jesús, su viaje es de regreso. Con ello, Jesús nos da un motivo para soportar sin desesperar la ausencia de nuestro Dios y su tardanza: el siervo, que no sabe el momento del retorno de su amo, sólo ha de conocer su obligación de vigilar; no puede reposar, ni de día ni de noche, mientras su señor esté ausente y por venir; quien no espera a su señor, deja de estarle sometido; el siervo que desespera ha dejado de obedecer a su amo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

³³«*Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento*

³⁴*Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara.*

³⁵*Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer;* ³⁶*no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos.*

³⁷*Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Mc 13 se cierra con una repetida exhortación a la vigilancia. Los destinatarios son los discípulos, a quienes se urge a la vigilia como modo de esperanza cristiana. No conocer el momento de la venida del Señor obliga al siervo a aguardarle siempre que no esté presente; ignorar la hora de su llegada impone la vigilia permanente. Se añade una breve parábola para aclarar el comportamiento que se espera del discípulo de Cristo: el señor que se aleja deja a todos los suyos ocupados, pero con responsabilidades diferenciadas según han sido los quehaceres asignados; los siervos tienen una tarea que cumplir y el portero, el encargo de vigilar. El tiempo de la separación no es ocasión para la inactividad ni, mucho menos, para soñar: no saber el momento del regreso obliga a ocuparse en los quehaceres recibidos; al siervo le está prohibido el sueño y el descanso, hasta que regrese el amo. Vivir en estado de esperanza supone pasar los días trabajando y las noches de vigilia: mientras se espera a aquel ante quien debemos dar cuenta de nuestra administración, seguimos siendo sus siervos; liberarse de la propia responsabilidad significaría perderse los bienes recibidos y la esperanza; y perder la esperanza sería tanto como perderse al Señor que ha de venir.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Vivimos en un mundo que poco a poco va reduciendo, de modo inexorable, no sólo los signos de la presencia de Dios sino, incluso también, las huellas de su paso entre nosotros; no se pretende sólo que nos olvidemos de nuestro Dios, y ello aumenta nuestra desesperanza; es que se busca entretenernos tanta excusas como bienes percederos se nos ofrecen. Y nosotros, los creyentes, estamos abandonándonos al sueño; hemos dejado de vigilar; parece que nos hemos resignado a esta situación; damos la impresión de haber perdido también nosotros a Dios, cuando vivimos sin ilusión nuestra fe, contentándonos con que nos dejan en paz, refugiándonos en nuestros sueños. Y sin embargo, la noche no nos debería resultar demasiado larga, porque nunca lo es para quien espera a quien de verdad ama: si el recuerdo del Dios ausente y amado fuera un poco más fuerte, la vigilia se nos haría menos penosa y más corta. Porque nosotros creemos que Dios está por venir - ¡es Él nuestro Porvenir! -, debemos al mundo el testimonio de nuestra esperanza. Si Dios tiene todavía tanta confianza en nosotros como para venir a nuestro encuentro, no tenemos derecho a sofocar la esperanza, ni mucho menos a robársela a los demás, con nuestra ineficacia y nuestra somnolencia. Sólo porque los testigos de Dios duermen, ya que los criados de casa no vigilan, la ausencia de Dios en el mundo se hace cada vez más visible, más desesperanzadora y dramática. El creciente sentimiento de soledad que anida en el corazón de los creyentes, la tranquila aceptación de que el mundo hoy está fuera de las manos de Dios, se debe a que los que deberíamos vivir esperándole y trajinando por hacernos mejores, no nos creemos que realmente vaya a venir, que tenga interés en nosotros y en este mundo, que nos quiera bien y quiera volver con nosotros.

Pero de una cosa podemos estar seguros: Dios volverá un día; más aún, está ya en camino. Tendríamos los cristianos que ser los hombres más despiertos, los más activos, los más imaginativos, pues que sabemos que podemos esperar a Dios, porque viene; aunque no sepamos cuándo podrá llegar, sabemos qué nos exigirá. Precisamente porque nuestros días se acortan, porque hay menos luz y más sombras se acumulan en nuestra vida, debemos vigilar más: nuestra fe, que es fidelidad sostenida por nuestra espera del Señor que viene, es protesta, discreta, pero eficaz, contra el mal que existe en el mundo, nuestro pequeño mundo y el otro que nos trasciende. Vivir como cristianos significa no rendirse a las apariencias, no desesperar frente al mal tan evidente hoy: si Dios está por venir, aún hay algo en nosotros, y en nuestro mundo, que le hace acercarse: ¡tenemos algo que atrae a todo un Dios! En ello se apoya nuestra esperanza. Y bastaría con encontrar un motivo, uno solo, para la espera de nuestro Señor, para que se nos haga obligada la vigilia.

Entretanto, para sostener nuestra confianza, para achicar las vigiliias que tenemos que pasar en blanco, para desear con mayor sinceridad el retorno del Dios que echamos en falta, podríamos rezar, rogarle que nos diera pruebas más palpables de su presencia; podríamos llamarlo a nuestro lado, desde nuestro vacío y a pesar de nuestras sombras.., así sabrá que lo deseamos, que lo estamos esperando, que andamos despiertos por si Él quiere venir. Rezar lamentando su falta es la mejor manera de echarle de menos sin desesperar, es la forma de mantener vigilia sin rendirse al sueño: rezar nos ayuda a soportar la ausencia de Dios, en nosotros y en nuestro mundo, sin perder la esperanza de encontrarlo un día. Podríamos hacerlo, por ejemplo, con las palabras de profeta: "Tu, Señor, eres nuestro padre; desde siempre te llamas nuestro redentor. ¿Por qué, entonces, Señor, nos dejas extraviar de tus caminos y endureces nuestro corazón para no te tema? Vuélvete por amor a tus siervos.. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia..!".